



CAPÍTULO VIGÉSIMO-TERCERO

Monarquía de Julio: Período heroico.

Los diputados franceses, por haber recibido su investidura de un cuerpo electoral muy restringido, no representaban, y mucho menos antes de haberse constituido reglamentariamente, la voluntad, ni siquiera legal, del pueblo francés; mas por lo grave de las circunstancias y por lo fielmente que interpretaron la voluntad de los triunfadores, resultaron ser el medio por el que se expresó la soberanía nacional, autorizada á decidir por el derecho de la victoria en las barricadas. Y pareció esto tanto más lógico cuanto que el alzamiento de París no fué fruto de una conspiración de larga fecha, y menos de cavernoso complot, sino cumplimiento de la conocida ley que las revoluciones las hacen no tanto quienes aparecen á su frente como aquellos contra quienes se dirigen. En la oposición primero y luego en el combate, uniéronse por el azar, sin convenio alguno, frente á Carlos X y sus torpes ministros, los más disparatados elementos. ¡Cuántos matices distintos entre los hombres de Julio! Todos los partidos políticos, todos los grupos, todas las clases, todos los elementos sociales, en mayor ó menor proporción, llevaron su contingente á aquel movimiento, en que Francia entera recogió el guante que la insensatez le arrojara al rostro. Unidos los vencedores solamente en una negación, en su enemiga á las ordenanzas y á la osadía que su publicación significaba, carecían de programa común; ni siquiera medió tiempo bastante para que pudieran concordarse los republicanos con los orleanistas, ni unos y otros con los amigos de la integridad de la Carta, saliendo por esto vencedora la solución media, la más fácil, la indicada por la opinión de tiempo atrás.

El gobierno de la Lugartenencia, en los breves días de su vida, no pudo hacer otra cosa que acudir á donde peligraba el orden, y en este respecto, Lafayette, con la Guardia Nacional y los voluntarios de la Carta, prestó servicios inapreciables, merced á los que las barricadas fueron desapareciendo y París recobró su aspecto ordinario. Afirmada definitivamente la situación, se atendió á la necesidad de constituir un gobierno, que, para responder á las exigencias del momento, debía formarse con personas de autoridad personal bastante para hacerse obedecer, concedoras de los negocios públicos y especialmente de la administración, para reorganizar los servicios conforme á las nuevas tendencias afirmadas en la Carta reformada. A entrambos extremos atendió Luis Felipe, nombrando ministros sin cartera á los señores Laffitte, Casimiro Perier, Dupin Mayor y barón de Bignon, garantía de la opinión revolucionaria unos, y otros representantes de los intereses conservadores. Confió las carteras de Guerra, Negocios Exteriores y Marina á los condes Gerard, Molé y Sebastiani, respectivamente; al duque de Broglie, la de Instrucción Pública y de Cultos; al barón Luis, la de Hacienda; á Guinot, la del Interior, y la de Justicia, con la Presidencia del Consejo, á Dupont de l'Eure. De la comandancia de la Guardia Nacional se encargó Lafayette, y de la prefectura del Sena, Odilón Barrot. Por los antecedentes y los talentos de los ministros, el gabinete estaba revestido de autoridad suma. Su flaco consistía en la falta de unidad; pues mientras unos, como Lafayette, representaban el partido del movimiento, otros, como Guizot y Casimiro Perier, encabezaban el partido de la resistencia. Creían estos que la revolución estaba ya hecha, faltando sólo afirmar la paz interior y reconciliar á Francia con las demás potencias; al paso que los primeros estimaban necesario sacar dentro y fuera las consecuencias indeclinables del movimiento de Julio.

Las tareas del gabinete hallaron grandes facilidades, merced á Lafayette, que, continuando su obra de conservar el orden público, no se daba reposo en destruir en su origen todo propósito levantisco. Conocedor cual nadie de la índole del pueblo francés, no contrariaba, antes dirigía, colocándose á su cabeza, las múltiples manifestaciones con que los patriotas daban rienda suelta á su entusiasmo, ó pretendían hacer pública su adhesión á ésta ó la otra solicitud. Objeto de burla fueron, andando los días, aquellas manifestaciones; mas si por lo ruidosas pudieron llegar á ser molestas, á nadie ni á nada dañaban, consistiendo en reuniones públicas, procesiones por las calles y cantos de la Marsellesa y de la *Parisiense*, himno circunstancial puesto á la sazón en moda. También contribuyeron á facilitar la labor del gobierno las condiciones personales del Rey y su arte de ganarse amigos. Amoldándose á la conveniencia sin gran trabajo, por conformarse á su carácter, Luis Felipe pasaba parte del día recibiendo comisiones de París y de los departamentos, hablando á unos y á otros en lenguaje apropiado y siempre de cosas que personalmente les interesaban, y el resto, asistiendo á los Consejos de Gabinete, dos días.

riamente durante varias semanas, y escribiendo notas, instrucciones y cartas á sus amigos y á los ministros. Luis Felipe, cuando sus ocupaciones se lo permitían, salía solo, ó á lo más, acompañado de un servidor, á pie, mostrando verdadero deleite en mirar escaparates, en hablar con los milicianos nacionales que le daban la guardia, y con los amigos que encontraba al paso. Recordábase así, por unos en s6n de zumba, por otros con satisfacci6n, aquel honrado rey de Ivetot, burgués red6mado, personificaci6n de la buena vida, magistralmente delineado quince años antes por el maestro Beranger, que adivin6 á Luis Felipe, monarca mes6crata, representante genuino de las clases medias, que le consideraron constantemente como su encarnaci6n m6s acabada. Así lo dijeron en el preámbulo los autores de la reforma de la Carta, que pusieron bajo la custodia de la Guardia Nacional, y ésta, tomando en serio el encargo, la defendió, y juntamente á Luis Felipe, con sin igual entusiasmo. Había concurrido á las tres jornadas y combatido con brioso de nu6do; andando el tiempo, de ella dependió exclusivamente la conservaci6n del orden y la represión de alborotos, motines y movimientos revolucionarios, que costaron la vida á muchos cientos de pacíficos burgueses, y sus servicios fueron recompensados levantando un monumento á la memoria de los héroes de Julio y creando una condecoraci6n, que Luis Felipe se complacía en entregar con sus propias manos á cuantos la merecían.

Fué, por todo esto, la situaci6n de mil ochocientos treinta algo nuevo en política. No significaba el triunfo de la democracia, porque los devotos de Luis Felipe, y en especial los guardias nacionales, plebeyos poseedores de mediano bienestar, si amaban la libertad, abominaban de la igualdad, de la república y de las clases populares; ni era mucho menos la representaci6n de las grandezas y fastuosidades aristocráticas: plutócrata se la llamó, mas habiendo en cuenta que el reinado del dinero se circunscribía á las pequeñas fortunas, al producto del modesto ahorro, bien que los hombres de Julio, por la misma fuerza de las cosas, llegaron á colocar el negocio, como los judíos la ley, sobre su cabeza, elevándolo á único ídolo de su ferviente culto. ¡Cuánto no ayud6 á dar calor á estas tendencias la característica codicia del monarca!

En la tarea de atraer á la monarquía el mayor número, ayudaban á Luis Felipe su mujer y su hermana, compartiendo con él la molestia de recibir á todo el mundo, así como sus hijos, los duques de Orleans y de Nemours, que sobre lucir á toda hora la escarapela tricolor, en su afán de popularidad y por consejo de su padre, acudían á reuniones populares y se inscribían en las filas de la Guardia Nacional, aun dándose el caso peregrino de ser el de Orleans, á la vez, coronel de caballería en el ejército, con mando activo, y artillero raso en las fuerzas populares. Ambos príncipes hacían con regularidad la guardia, y prestaban los servicios de centinela y demás correspondientes á su ínfima categoría.

La parte que tomaron las potencias del Norte en la restauraci6n de los llamados mo-

narcas legítimos de Francia, explica el efecto que en ellas produjo la revoluci6n de Julio. Veían desechar su obra y reaparecer amenazador aquel terrible movimiento que cuarenta años antes destruyera tantos intereses creados. Sin embargo, la formalidad con que se efectu6 el alzamiento nacional y lo inhábil de la conducta de Carlos X, resolvieron la mayor parte de las dificultades, no ya por lo mucho que en toda ocasi6n significa el éxito, sino porque hasta los gobiernos m6s interesados en favor de los Borbones hubieron de considerarlos inmerecidos de cuanto en su favor hicieran: los habían colocado en el trono al derribar el imperio y después de Warterl6o, y no era cosa de empeñarse en una nueva y cruenta guerra para ceñirles la corona por tercera vez. Creían, á no dudar, que la Carta, buena ó mala, una vez jurada por Carlos, debió haber sido por éste observada; que la agresión no había partido del pueblo, sino del Rey, y que habiendo tomado la lucha proporciones de una batalla, donde hubo vencedores y vencidos, Dios se había pronunciado contra la vieja dinastía, en cuyo auxilio no se levantara el brazo de un solo realista. Al tanto de estos sentimientos, Luis Felipe procur6 aprovecharlos, dedicándose desde el primer momento á ganarse la amistad de las grandes potencias, una de las cuales, Inglaterra, le profesaba verdadero afecto, por las íntimas relaciones que le unían á muchos de sus eximios políticos, contraídas durante su residencia en aquel país, y por su interés político, contrario al de las potencias del Norte. Precisamente este aprecio de Inglaterra al nuevo Rey fué explctado por los borbónicos, que, adoradores del emperador ruso, le consideraban contrario á las conveniencias internacionales de Francia. Con todo, la conducta de los representantes de las potencias amigas, acreditados en la corte de Carlos X en los días inmediatamente anteriores al de su caída, evidencia el desafecto que profesaban á aquel monarca, acusado por todos ellos de irreflexivo, torpe é inhábil. Por esto el cuerpo diplomático no le sigui6 á Saint-Cloud, ni hubo un solo embajador que aprobara el inconveniente golpe de Estado que significaban las ordenanzas.

Prepar6 Luis Felipe el terreno enviando á todos los Estados agentes oficiosos, nombrados de entre quienes por sus merecimientos ó amistades personales hubieran de ser bien recibidos, y á los que provey6 de cartas particulares y de recomendaciones muy apremiantes para poder hablar directamente á los soberanos ó á sus gobiernos. A unos y á otros se les repiti6 cuanto Luis Felipe dijera al Emperador de Rusia en habilísima carta, por él mismo redactada y escrita de su puño y letra. Empezaba lamentándose de que, de tiempo atrás, el rey Carlos X y sus gobierno no hubieran seguido una marcha mejor calculada y más conforme con las esperanzas y el voto de la naci6n, si bien estaba lejos de prever los prodigiosos acontecimientos que habían acaecido; observaba, luego, que habría bastado un poco de prudencia y de moderaci6n para que las cosas hubiesen podido marchar largo tiempo como iban, pero que, desde el ocho de Agosto de mil ochocientos veinti-

tinieve, la nueva composición del ministerio le había alarmado, comprendiendo hasta qué punto era éste sospechoso y odioso á la nación, y había participado de «la inquietud general respecto á las medidas que eran de temer»; agregaba, que el respeto á las leyes y el amor al orden habían hecho tales progresos en Francia, que la resistencia no habría seguramente salido de las vías parlamentarias si el ministerio, en su delirio, no hubiese dado el fatal ejemplo de violar la Carta y abolir las libertades nacionales, por las que «no hay un solo francés que no esté pronto á verter su sangre»; fijábase, á continuación, en que á la lucha en las calles no había seguido ningún exceso, como era de temer, y que la misma exaltación de los ánimos que librara al pueblo francés de tantos desórdenes, había hecho pensar en ensayos de teorías políticas, que hubieran precipitado á Francia, y quizás á Europa, en terribles convulsiones. «En tal situación, decía, todos los ojos se han vuelto á mí; los mismos vencidos me han creído necesario á su salud, y ciertamente lo era para los vencedores, si no habían de dejar que su victoria degenerase en un imposible». Seguía exponiendo el desarrollo de la revolución, y concluía: «No se escapará á la penetración de V. M. ni á su alta sabiduría que, para aplacar los ánimos, es de desear que las cosas de París se examinen desde su verdadero punto de vista, y que Europa, haciendo justicia á los motivos que le impulsaron, otorgará á su gobierno la confianza que tiene derecho á inspirar.»

Luis Felipe no hacía en esta carta alusión alguna al duque de Burdeos. Los partidarios de éste, sin embargo, cuando se sintieron con fuerzas para presentarle como pretendiente á la corona, aseguraron que, además de esta comunicación, había enviado otra diciendo: «Esté V. M. persuadido de que no he aceptado la corona sino para entregarla á quien pertenece, tan pronto venza las dificultades con que hoy lucha Francia. Me comprometo á retrotraer á lo que era antes del reinado de Luis XVI esta nación turbulenta, que desde fines del pasado siglo no ha cesado de ocasionar disturbios á Europa, ora con las armas, ora con sus opiniones demagógicas; me comprometo, si se me da tiempo, á devolverla tan dócil y suave como inquieta y peligrosa ha sido para sus vecinos. El príncipe á quien pertenece la corona es demasiado joven para gobernar una nación tan turbulenta, y sería arrastrado por el torrente de las pasiones revolucionarias. Sólo pido el plazo indispensable para prepararle el trono y probar mi lealtad y mi buena fe». Esta carta es, á todas luces, apócrifa. Por haber servido á la república, carecía Luis Felipe de autoridad para decir muchas de las frases en ella contenidas, ni tenía por qué contraer tal linaje de compromisos, importándole al emperador Nicolás I mucho menos el joven Enrique V que el mantenimiento de la paz pública y de los tratados. Tanto fué así, que el general Athalin, representante de Luis Felipe en Rusia, obtuvo sin dificultades del Czar, cuyo ánimo habían dispuesto favorablemente los despachos de su embajador en París, Pozzo di Borgo, la promesa de reconocer el nuevo estado de cosas. No dejaría de

influir en la decisión del autócrata ruso la noticia de que el Emperador de Austria y el Rey de Prusia se hallaban resueltos á seguir igual conducta. La respuesta del Czar á Luis Felipe, datada el ocho de Septiembre de mil ochocientos treinta, decía: «De concierto con mis aliados, me complace en acoger el deseo que V. M. ha manifestado, de sostener relaciones de paz y amistad con todos los Estados de Europa, en tanto se basen en los tratados existentes y en la firme voluntad de respetar los derechos, las obligaciones y el estado de posesión territorial que éstos han consagrado. Europa hallará en ello una garantía de paz necesaria al reposo de la misma Francia. Llamado, juntamente con mis aliados, á cultivar con Francia, bajo su actual gobierno, estas relaciones conservadoras, pondré de mi parte toda la solicitud que reclaman las buenas disposiciones que me animan hacia V. M., en correspondencia á los sentimientos que me ha manifestado».

Igual acogida halló Luis Felipe en la corte de Berlín, que anunció, como preámbulo á toda negociación, su propósito de no separarse de lo que respecto al particular acordasen Rusia y Austria. En cuanto al emperador Francisco II, después de consignar su resolución de que se mantuvieran los tratados existentes y de declarar la pena que le causaba la propaganda que el partido revolucionario podría hacer en Europa por mano de Lafayette, declaró su propósito de no separarse de Prusia y Rusia, reconociendo, por tanto, á Luis Felipe. El príncipe de Metternich, negociador en el asunto, ofreció también no dar calor á la causa del duque de Reichstadt, el cual, por virtud de este ofrecimiento, perdió toda esperanza de heredar la corona de su heroico padre. También se comprometió Metternich á reprimir cuantas intrigas tendiesen á favorecer la restauración en Francia de la dinastía caída. El estado de ánimo del gran diplomático se reveló íntegro en una conversación particular con el general Belliard, enviado de Francia. «Hay dos nobles, dijo, obstinados en que es preciso desconfiar, los dos, personas de honor, buenos caballeros, á los cuales confiaría mi fortuna, pero igualmente peligrosos para ustedes y para nosotros: el rey Carlos X y el marqués de Lafayette. Vuestras jornadas de Julio han derrocado la loca dictadura del viejo rey; ahora tendréis que atacar la monarquía de Lafayette, la soberanía de la propaganda. También el nuevo rey habrá de correr sus jornadas contra el que se titula modestamente patriarca de la libertad de ambos mundos, y sólo entonces el príncipe Lugarteniente general será verdadero rey de Francia». La historia de la monarquía de Julio vino á demostrar que Luis Felipe encontró en estas palabras así como la brújula que orientó sus pasos.

La iniciativa del reconocimiento de la monarquía de Julio partió, sin embargo, del gabinete de Londres, presidido á la sazón por el duque de Wellington, amigo personal y muy íntimo de Luis Felipe. Aunque ligada todavía Inglaterra, como sabemos, á las otras potencias por fuertes vínculos, el vencedor de Waterlón anunció que no esperaría la respuesta de las cortes de Viena, Berlín y San Petersburgo para reconocer la monar-